

L V C I A N E A

Juan Gil

I. RHETORVM PRAECEPTOR

Uno de los más virulentos escritos de Luciano, desprovisto por desgracia de fecha clara, es el *Maestro de rétores*. En él se expone, a la manera de Hesíodo o de Pródico, cómo ante el aprendiz de rétor se abre una encrucijada. Hay, en efecto, dos caminos: uno largo y erizado de dificultades, otro llano y placentero. Por el primero transitaron los antiguos; para alcanzar fama por el segundo no se necesita más que audacia, ignorancia y desvergüenza, cualidades que allanan cualquier obstáculo. Hasta ahora nada llama la atención: nos encontramos ante la eterna queja del profesor o del hombre de letras, que con o sin razón barrunta que el nivel cultural de su tiempo se va degradando. Pero no es este lugar común el que nos interesa, sino el hecho de que Luciano desciende a particulares y nos presenta a un exponente del rétor que ha logrado llegar a la cúspide de la gloria por vías inconfesables y sucios trapicheos. Pues bien, ese sinvergüenza redomado que nos pinta Luciano creo que no es otro que Apuleyo. Por fortuna, los datos que podemos contrastar son abundantes; por desgracia, muchos de ellos son equívocos. Pero conviene ir al grano, atendiendo primero a la descripción del aspecto físico del rétor.

Se trata, según Luciano, de «un hombre sapientísimo y bellísimo, de andares contoneantes, cuello quebrado, mirada mujeril, voz dulce como la

miel, que huele a perfume y se rasca la cabeza con la punta del dedo¹, que acicala su cabello, ralo ya pero rizado y de color jacinto², un Sardánpalo lleno de melindres o un Ciniras o un Agatón en persona, aquel encantador poeta trágico» (§ 11). Este personaje habla «atusándose lo que le queda de pelo, esbozando una sonrisa dulce y tierna como acostumbra, imitando a la Taide de la comedia o a Máltaque o a una Glicera con su saludo seductor» (§ 12). En cuanto al atuendo, he aquí los consejos que nos da este dechado de elocuencia: «que el vestido sea tornasolado o blanco, obra de un taller de Tarento, de modo que se transparente el cuerpo; la sandalia ática, de mujer, con muchas ranuras, o una bota de Sición adornada con fieltro blanco³; ten muchos acompañantes y siempre un libro en la mano»⁴ (§ 15). En definitiva, «es necesario depilarse, con preferencia en todo el cuerpo, si no, al menos en las partes»⁵ (§ 23), ya que para ser orador vale un solo consejo: «procura ser hermoso» (§ 23).

Ahora bien, de la apariencia física de Apuleyo conocemos algunos pormenores⁶, gracias sobre todo al pleito que entabló contra él su familia política de Oea, ya que el primer objetivo de la acusación es mostrar precisamente que Apuleyo es un afeminado, que malamente, por tanto, podría haber pensado en matrimonio de no haber mediado intereses crematísticos muy claros. El comienzo rezuma sarcasmo: «Acusamos ante tu tribunal a un filósofo bello» (*Ap.* 4, p. 5, 4). No hace falta ser un lince para ver la ironía que encierran estas palabras, sobre todo pronunciadas ante un prócónsul romano. ¿No nos recuerda este «filósofo bello» a aquel «hombre sapientísimo y bellísimo»? Pero no paran ahí las cosas. La acusación aduce a más y mejor pruebas de la exquisitez estrafalaria de Apuleyo, que usa dentífrico especial consistente en un polvo arábigo (*Ap.* 6, p. 7 ss.; cf. [Luc.] *Amor.* 39) o bien no para de mirarse en un espejo (*Ap.* 13, p. 15, 15)⁷. No suenan a muy convincentes las respuestas de Apuleyo, que —eso sí— no tiene em-

1 Muestra de afeminamiento (cf. Licin. Calu. frg. 18 Morel, Iuu. IX 133, Plut. *Pomp.*, 48, Iulian. *Caes.*, 323 B, Ammian. Marc. XVII, 11, 4). Se trata en origen de una expresión latina que acaba por extenderse por todo el ámbito del Imperio. Para el cuello quebrado, otro indicio de molicie, cf. *adu. ind.*, 23; 33.

2 Cf. [Lucian.] *Amor.* 26.

3 Para la sandalia cf. Bieber, *RE s. u. Κρηπίς*, c. 1712, 17 ss. La bota pertenece al atuendo teatral (cf. *RE s. u. ὑβῆς*, c. 2482, 60 ss. y sobre todo 2483, 46 ss.).

4 Para el libro en la mano cf. *bis accus.* 6, *Lexiph.* 1; es señal del hombre iletrado (*adu. ind.* 4, 7, 18).

5 Cf. *adu. ind.* 23, *Pseud.* 3, 31.

6 Más vale prescindir de la descripción de *Met.*, II, 2 (p. 26, 5 ss.). La *Apología* parece que se puede datar en 158 (cf. R. Syme, *REA*, LXI [1959] 318).

7 Cf. *Pisc.* 45, Aul. Gell. *N. A.* VI, 12, 5.

pacho en proclamar que Pitágoras y Zenón fueron los hombres más hermosos de su tiempo. Pero desgraciadamente no es ese su caso, arguye, ya que a la mediocridad de su belleza se une el esfuerzo continuado del estudio, que ha marchitado su cuerpo. Como el filósofo no ha de dejar a la vista nada sucio o maloliente, está más que justificado —añade— el empleo del dentífrico. Por último, dado que nada hay más agradable para el hombre que ver su propia imagen, ¿qué tiene de extraño el uso constante del espejo? Todo el alegato está adobado con cierto gracejo, pero un análisis sereno no puede dejar de llevarnos a la conclusión evidente de que Apuleyo era un presumido petimetre que cuidaba al máximo su aspecto personal.

También concuerdan otros detalles curiosos. Luciano nos habla de los rizos que orlaban la melena del rétor⁸; éste precisamente es uno de los puntos en que se para con evidente deleite la acusación oeense. Oigamos la contestación de Apuleyo: «El cabello, que esos mintiendo descaradamente dijeron que me lo había dejado largo para realce de mi belleza, ya ves lo agradable y cuidado que está, semejante a borra de estopa, hirsuto de manera desigual, arremolinado, apelmazado» (*Ap.* 4, p. 6, 8 ss.). Otra vez las frases rimbombantes nos suenan a falso. Apuleyo está exagerando su desaliño, y más cuando recordamos, no ya el encomio del cabello en *Met.* II 8-9, sino las palabras alambicadas e intraducibles con que describe en otro lugar el peinado de Apolo, el dios cuya apariencia ha de ser imitada por todo filósofo: *crines eius praemulsis antiis et promulsis caproneis anteuentuli et propenduli* (*Flor.* 3, p. 4, 18). Al oír esta sentencia de *haute coiffure*, ¿no nos imaginamos que sobre la frente de Apuleyo flotaban también esos rizos que provocaban la socarrona burla de la acusación? El rétor satirizado por Luciano lleva unas sandalias femeninas. A su vez, Apuleyo calza *baxeae* (*Flor.* 9, p. 13, 12), una especie de sandalias que los gloriosos consideran propias de mujer⁹.

He aquí, pues, cómo el rétor satirizado por Luciano y el Apu-

⁸ Melenudo es Pitágoras (*uit. auct.* 2, cf. *philops.* 29, 32), también lo es Peregrino (*Per.* 15) y los cínicos en general (*fug.* 28; *Cyn.* 1, 14, 17, 19 y 20). Cf. asimismo *Nigrin* 13 y *Aul. Gell.* N. A. III, 5. J. Englert y T. Long (*CJ.* LXVIII [1972-73] 236 ss.) han insistido en la función que desempeña el pelo en las *Metamorfosis*, sin que haya nada semejante en el *Asno* griego: otra prueba de la obsesión apuleyana por el cabello (obsérvese que sería rubio según *Met.* II, 2, 5).

⁹ Sobre las *baxeae* cf. Mau, *RE* III, c. 176 y *Suppl.* Bd. I, c. 245.

leyo acusado por Tanonio Pudente y compañía tienen muchos puntos de contacto entre sí: el deje afeminado, la preocupación absorbente por el aspecto físico, que va desde el pelo ensortijado hasta el uso de un calzado extravagante e impropio de hombres. Pero no bastan estas pruebas de identidad, ya que la difamación se sirve normalmente de las mismas armas para denigrar al adversario, y por otra parte suele acontecer que el charlatán con ínfulas de filósofo procure llamar la atención, si no con su doctrina, al menos con una vestimenta estafalaria que deje boquiabierto al auditorio: el porte de Demóstenes o de Hortensio se prestó a toda suerte de chascarrillos (Aul. Gell. *N. A.* I 5). Ahora bien, tampoco son éstas las únicas concordancias entre el rétor y Apuleyo; hora es de examinar lo que nos cuenta Luciano sobre su ajetreada vida, en un largo pasaje que pone en primera persona:

Mírame a mí, que he nacido de un padre desconocido y ni libre por las buenas, que fue esclavo allende Xoís y Tmuis, y de una madre zurcidora de un arrabal. Como pareció que no era yo totalmente insignificante de aspecto, al principio y justo para comer viví con un amante miserable y pegajoso¹⁰. Pero una vez que vi que ése era el camino más sencillo y a escape me encaramé a la cima —tenía en efecto, Adrastea mía, todos aquellos viáticos de que antes te hablé: la audacia, la ignorancia, la desvergüenza¹¹—, lo primero, dejo de llamarme Potino y me convierto en homónimo de los hijos de Zeus y Leda. Después, juntándome con una vieja llené la panza gracias a ella fingiendo que la amaba, a una mujer de setenta años que sólo tenía ya cuatro dientes y éstos atados con oro. Pero en fin, por la pobreza soporté la prueba y aquellos besos helados que venían del sepulcro los hacía suavísimos el hambre. Después, a punto estuve de que me hiciera heredero de todo cuanto poseía si un condenado siervo no me hubiera acusado de haber comprado un veneno contra ella. Aunque me echaron de allí de cabeza, ni siquiera entonces me quedé en la indigencia, sino que tengo fama de rétor y paso por tal en los juicios, aunque traiciono por regla general y prometo a los insensatos comprar el tribunal. Y normalmente pierdo el pleito, pero las palmas en mi puerta están verdes y llenas de coronas (§ 24).

¿No parece que comenzamos a pisar terreno más firme? En efecto, Apuleyo tuvo que defenderse en Sábrata, ante el tribunal del procónsul Máximo, de un pleito que le había puesto su propio

¹⁰ Así empieza también su carrera el pseudologista (§ 18).

¹¹ Estos defectos los suele achacar Luciano a los cínicos (*uit. auct.* 11, *fug.* 4-5).

hijastro, entre otros, y en el que se le acusaba de haber recurrido a magias y embrujos para casarse con una rica viuda, Pudentila, que había guardado luto trece años. El lance no puede ser más parecido: un galán de aspecto seductor sorbe el seso a una vieja millonaria para quedarse con su dinero. Pero conviene analizar los detalles uno a uno.

El padre del rétor ha nacido en Egipto, en el Delta. Nada en principio se opone a que el padre de Apuleyo fuese también oriundo de aquella región, y Alejandría era precisamente la meta a la que se dirigía Apuleyo cuando pasó por Oea. Ahora bien, el padre de Apuleyo había sido duóviro en Madaura (*Ap.* 24) y les había dejado en herencia a él y a su hermano unos dos millones de sestercios (*Ap.* 23, p. 27, 4); este prohombre municipal no parece fácilmente identificable con el miserable que retrata Luciano. Pero conviene hacer algunos distingos: Luciano, muy arteramente, no dice que el padre del rétor sea un don nadie, sino que se limita a insinuar que sus orígenes no estaban del todo claros. A su vez, hemos de dejar en su justo medio las fantasías apuleyanas: él pretende haber heredado con su hermano dos millones de sestercios, pero la verdad es que, cuando llega a Oea, su única fortuna consiste en un morral y un bastón (*Ap.* 22, p. 25, 17 ss.) y que en su bolsa apenas tintinean las monedas. ¿Cuándo y dónde se ha evaporado la fortuna paterna, o es que ésta no ha existido en realidad? De hecho y para avivar nuestros recelos, Apuleyo sorprendentemente dice que «la pobreza ha sido la nodriza de todos a los que admiramos» (*Ap.* 18, p. 22, 5 ss.), y hace de ella una alabanza inusitada y desmesurada para ser el hijo de un principal¹².

Está bien —se dirá—; pero esa Pudentila tan enamorada de Apuleyo no es un carcamal, no puede tener los setenta años a que se refiere Luciano. También en este caso corremos el riesgo de ser demasiado crédulos: la acusación señala que Pudentila frisaba en la sesentena (*Ap.* 67, p. 75, 25; 89, p. 98) y éste es precisamente uno de los puntos que Apuleyo se ve obligado a rebatir: su mujer —proclama muy digno— tiene cuarenta años o poco más¹³. Pero

¹² Como de muy pobre habla de sí mismo en *Met.* XII, 27 (p. 289, 8).

¹³ Para fijar la edad de Pudentila dependemos de lo que dice Apuleyo. Ténganse en cuenta los siguientes datos: a) está viuda trece años (*Ap.* 27, p. 32, 6), o mejor dicho, casi catorce (68, p. 76, 25; 85, p. 94). b) antes de casarse con Apuleyo su hijo pequeño, Pudente, tiene la edad suficiente para tomar la toga viril (70, p. 79, 9; 73, p. 82, 13) y de hecho la

ahora comprendemos mejor sus dudas y vacilaciones antes de decidirse al matrimonio: casarse con Pudentila —él mismo lo reconoce— no es ningún plato de gusto. En este punto, pues, la versión de Luciano se acerca sospechosamente a la de Tanonio Pudente. Y también concuerda en lo que respecta a los nada altruistas fines del rétor: a Apuleyo se le acusa de haberse casado por dinero olfateando una espléndida dote (*Ap.* 91, p. 101, 5 ss.). Y no sólo esto: los que formulan la acusación piensan que Pudentila había llegado a dejarle toda su herencia (*Ap.* 99, p. 110, 9 ss.), y ésta es, en realidad, la causa del juicio (*Ap.* 101, p. 11, 25). ¿No era la herencia precisamente lo que buscaba el rétor lucianesco?

Otra objeción nos sale al paso: Apuleyo es acusado de magia, el rétor de haber comprado un veneno contra el vejestorio. El proceso, en apariencia, no casa. Ahora bien, también Apuleyo habla de «venenos»: «yo fui el único —dice— que violé con conjuros y *venenos* la virginidad, digamos, de su viudedad» (*Ap.* 69, p. 78, 4 ss.); y más adelante exhorta a «que digan Emiliano y Rufino qué provecho, por muy mago que fuera, pude tener en inducir al matrimonio a Pudentila con conjuros y *venenos*» (*Ap.* 90, p. 99, 11). Evidentemente, «veneno» está usado aquí en una acepción muy amplia, como tampoco es muy preciso el término griego φάρμακον. Y hay que advertir además que el pleito por magia se instruía en virtud de la ley Cornelia *de sicariis et ueneficiis*: el hechizo es comparado a un envenenamiento. Por tanto, el ambiguo φάρμακον de Luciano puede referirse sin forzar en modo alguno la interpretación a un encantamiento mágico.

Hemos preterido hasta ahora un detalle importante de la biografía: aquél en que se nos dice que el que antes había sido Potino se convirtió de golpe en homónimo de los Dioscuros. Potino, 'el deseado', es *cognomen* de libertos, pero aquí no parece que Luciano lo use con otra intención que burlarse del porte del rétor, como cuando lo compara con Máltaque y Glicera, 'la muelle' y 'la dulce'; más problemática es la interpretación de esa homonimia con los Dioscuros. Un escolio¹⁴ a este pasaje apuntó que, según algunos,

toma (87, p. 87, 6), c) el juicio se celebra tres años después del matrimonio de Pudentila. Por lo tanto, de haberse casado a los quince y contando al hijo mayor, Pudentila tenía como mínimo los cuarenta años.

¹⁴ P. 174 Rabe con dudas («Dicen algunos...») y categórico en p. 180. Es de notar que

Luciano se refiere al rétor Pólux, que alcanzó hacia el 178 d. C. la cátedra de Atenas, y esta explicación ha sido aceptada por buen número de filólogos¹⁵. Examinada de cerca, tal hipótesis tiene un punto flaco: como se ha repetido hasta la saciedad, sorprende la vaga referencia a los hijos de Zeus y Leda en un ataque frontal contra un Pólux, referencia que sería en cambio muy comprensible si el blanco de la sátira fuera un Dióscoros o un Dioscórides¹⁶. Da la impresión de que el escoliasta, basado en Filóstrato (V. S. 592), se percató de que Pólux procedía de Egipto, de Naucrátide concretamente, de que componía sus discursos con más audacia que arte, fiado de su talento natural, y extrajo de estas noticias la conclusión que le pareció oportuna. Pero conviene no olvidar que el origen egipcio está atestiguado sólo para el padre del rétor, no para el rétor propiamente. Y sobre todo hay que ver la sátira desde la perspectiva del mundo grecoparlante, al que pertenece Luciano. No parece que un hombre oriundo de Samósata pueda permitirse el lujo de reprochar a nadie el haber nacido en Egipto. En el Mediterráneo oriental no se concibe la sátira de Luciano, que en cambio se comprende si se piensa que ha sido redactada para el mundo occidental, para el mundo latino. Está en la mente de todos el desprecio olímpico que muestra un Juvenal, un verdadero *colonial*, hacia los egipcios, pueblo ignorante, fanático y abyecto hasta caer en la antropofagia. En el Occidente del Imperio sí podía ser un desdoro ser descendiente de un egipcio; y para ese auditorio está escrito el *Maestro de rétores*. De nuevo, pues, el análisis interno del texto parece confirmar nuestras sospechas. No hay para qué recordar que desconocemos el *praenomen* exacto de Apuleyo (Lucio parece ser mero eco del del protagonista del *Asno*), y que su *cognomen* pudo haber sido *Gemellus*, *Geminus*, *Iouius*, *Iouinus* y hasta *Dioscorus*.

J. Sommerbrodt (*Ausgewählte Schriften des Lucian*, Berlín, 1878, 3 fascículo, p. 56) se adhiere a los que suponen que los capítulos 24 y 25 no proceden de la pluma de Luciano, sin más explicación (en contra con razón H. Floerke, *Lukian. Sämtliche Werke*, Berlín, 1922, V, p. 52).

¹⁵ Sin ánimo de ser exhaustivo cf. p. e. Bethe, *RE*, X 1, c. 775 (*zweifellos*), W. C. Wright (ed. de Filóstrato en la colección Loeb, p. XXXIX). Helm, *RE* XIII 2, c. 1758, 53ss., W. Schmid-O. Stählin, *Geschichte der griech. Literatur*, München, 1961, II 2, p. 733, H. Gärtner, *Der kleine Pauly*, IV, 1972, c. 980, 51 ss., C. P. Jones, *GRBS*, XIII (1972), 476-77, 485-86.

¹⁶ Así el gran Tiberio Hemsterhuys (*Iulii Pollucis Onomasticum*, Amstelaedami, 1706, I, p. 31 ss.), siguiendo a Palmerius, o modernamente, p. e., B. Baldwin en su inteligente libro *Studies in Lucian*, Toronto, 1973, p. 34 ss.

Por otra parte, no hay que olvidar nunca que el mundo imperial en el s. II era grecolatino en los estamentos más cultos. No podemos comprender a Plutarco o a Luciano aislándolos de su contexto, porque a pesar de lo que digan las historias de la literatura, Luciano y Plutarco son romanos que escriben en griego, pero romanos al fin y al cabo. Aunque las obras que le han proporcionado fama están en latín, no cabe duda de que Apuleyo era bilingüe, como era de esperar después de sus años de formación en Atenas y de sus frecuentes viajes por Asia. Su conocimiento perfecto del griego está atestiguado por la acusación: el rétor es «elocuentísimo tanto en griego como en latín» (*Ap.* 4, p. 5, 5), más adelante se pondera también su *Graeca eloquentia* (*Ap.* 25, p. 29, 6; cf. *Flor.* 18, p. 35, 16; 38, 16 ss.). Y no parece casual que se dé prelación al griego, que aparece citado en primer lugar. Efectivamente, la burguesía de Oea parece haberse entendido esencialmente en griego. De este idioma se sirve Pudentila para escribir cartas (*Ap.* 82 ss.); su hijo Pudente habla en púnico y chapurrea el griego, pero desconoce el latín (*Ap.* 98, p. 109, 2), de la misma manera que la hermana de Septimio Severo apenas hablaba latín (*SHA, Seu.* 15, 7). Es todo un símbolo que aparezcan latín, griego y púnico en la inscripción del médico Boncar en Leptis magna (*CIL VIII 1, 15-16*). Y aún cabría aducir en apoyo de esta hipótesis el comienzo de las *Metamorfosis*, si no se tratara de una novela. En efecto, en el exordio nos dice Apuleyo que escribe en papiro egipcio y con pluma egipcia, que se educó en Grecia y que sólo más tarde aprendió el latín en Roma, datos todos ellos que podrían explicarse sin demasiada dificultad como alusiones a su ascendencia egipcia, a su educación helénica y a su ulterior aprendizaje en las letras latinas. Ahora bien, es de mala ley filológica utilizar abusivamente una obra de ficción como testimonio autobiográfico¹⁷. Pero aún así obsérvese que Hadriano se educó también antes en griego que en latín, idioma este último que pronunciaba con acento, pero no con acento provinciano, de Itálica, sino con el acento peculiar de quien no domina la lengua¹⁸.

17 Este es el principal reproche que se le puede hacer a R. Martín, *REL*, XLVIII (1970), 332 ss. El mayor peligro que acecha a los filólogos es el de creer a pie juntillas lo que nos dicen los escritores antiguos. Esta observación vale también para Th. N. Winter (*TAPhA*, C 1969 607 ss.) que, demasiado cándidamente, piensa que la *Apología* es el discurso real pronunciado por Apuleyo, conservado gracias a los taquígrafos de la Justicia.

18 El Imperio era todavía en el s. II una unidad cultural bilingüe, a pesar de que al-

El rétor de Luciano sale trasquilado de la aventura, pero no por ello pierde ni su aplomo ni su prestigio. Este parece haber sido precisamente el caso de Apuleyo, que después del juicio se traslada por elemental prudencia a Cartago, donde goza de enorme reputación¹⁹. Es claro que no lo condenaron de manera tajante; pero parece que tiene razón Luciano cuando dice que «lo expulsaron de cabeza» de Oea: es decir, que del delito de magia salió absuelto —pero ¿no hablan de él como de un mago Lactancio²⁰, S. Agustín²¹ y Cristodoro?²²—, mas no sin que volara esa herencia tan apetecible a la que tan poco éticamente había aspirado. Todavía S. Agustín²³ conocía los apuros que había pasado Apuleyo cuando había pretendido que se le levantara una estatua en Oea: la ciudad de su mujer le había cerrado sin dudas sus puertas, y el despechado filósofo tuvo que enzarzarse en un pleito para defender su negra honrilla. Y es más: ese rétor filosofante a quien tanto le gustaba figurar no logró nunca alcanzar ningún puesto en la administración de justicia municipal: tantos pleitos debieron menoscabar su buena fama, aunque no le impidieron llegar a ocupar el sacerdocio de la provincia, cargo de relumbrón, pero no de responsabilidad y que en Hispania fue ocupado cuando menos una vez por un liberto (*CIL* II 473).

Todavía hay un punto en que las palabras de Luciano pueden aplicarse sin más a Apuleyo: me refiero al estilo. Oigamos los consejos que nos da el rétor por boca de Luciano: «Caza palabras

gunos libertos amigos de Trimalquión se expresaran en una extraña mezcla de griego y latín. Pero ya esos atisbos de particularismo que asoman más en Luciano que en Apuleyo anuncian una futura ruptura, hasta que, con el paso de los siglos, el único resto de la antigua unidad, señal a su vez de ulteriores desmembraciones, sea el hecho de que en el ejército bizantino se den las órdenes en latín. Pero de ello en el s. II se estaba todavía muy lejos, y al revés, emperadores como Hadriano y Marco Aurelio contribuían a dar la impresión de que el Imperio era uno, o mejor dicho, de que triunfaba el Oriente. Y sin embargo, para que se vea que las fuerzas disgregadoras lo cuarteaban y precisamente en Occidente, será bueno recordar una anécdota de Dión Casio (LXXII 5, III p. 256 Boissvain) que se comenta por sí sola. En el 172, en la guerra con los marcomanos, «Marco Aurelio hablaba con uno [de los soldados] en latín, y no sólo aquél, sino ningún otro de los presentes se enteró de lo que decía, de suerte que [Basseo] Rufo, el prefecto [del pretorio] le dijo: 'Es natural, César, que no se enteren de lo que habláis, pues no saben griego'; es decir, tampoco él [Rufo] se había enterado de lo que había dicho».

19 Después del escarmiento matrimonial, el cazadotes de Luciano continúa ejerciendo la profesión de abogado; ésta era precisamente la profesión a la que se dedicaba Apuleyo en Roma, de creer a *Las Metamorfosis* (X, 28; 30).

20 *Inst. diu.* V 3, 7.

21 *Ep.* 102, 32 (*PL* 33, c. 383); 136, 1 (c. 514); 138, 18 (c. 533).

22 *A. P.* II 303-305.

23 *Ep.* 138, 19 (*PL* 33, c. 534C).

oscuras y extrañas, pronunciadas rara vez por los antiguos, y tras pertrecharte bien de ellas asaetea sin tregua a los que te escuchen. Otra vez acuña tú mismo palabras nuevas e inauditas... Si cometes un solecismo o un barbarismo, que lo remedie sin más la desvergüenza... No leas las obras antiguas, sino los discursos de los que han vivido hace poco»²⁴ (§ 17). Aunque no podamos saber cómo escribía Apuleyo en griego, las observaciones de Luciano cuadran muy bien con la producción latina del madaurensis, plagada de palabras arcaizantes y rebuscadas, de neologismos, metaplasmos y catacrexis en una extraña sinfonía de párisa, homeoteleuta y antítesis. Apuleyo, claro está, sigue una moda de rancio abolengo en Roma. El Pseudologista, otro de los sofistas satirizados por Luciano, muestra también una clara predilección por el vocabulario y las frases obsoletas (así también Hadriano), ya que el movimiento arcaizante, común a la cultura imperial, se desarrolla como es lógico en las dos lenguas del orbe romano.

¿Por qué se enfrentaron Luciano y Apuleyo? Uno y otro son figuras antagónicas, hasta en el estilo. Luciano, el aticista, hombre cáustico, engreído, racionalista, cicatero, quizá algo amargado y por ello poco simpático, no recibió en vida la consideración que alcanzó en cambio Apuleyo, un extraordinario farsante que desprendía, como tantos otros embaucadores, un atractivo magnético. Y resulta muy instructivo ver cómo estos dos romanos de la periferia reaccionan de manera muy diferente ante los estímulos vitales del momento, aunque ambos partan de una base común, la educación griega. En efecto, Apuleyo, más acomodaticio, se percata con claridad de que su porvenir se encuentra en el mundo latinoparlante, ya que son latinos y no griegos los amos del mundo. A Luciano no parece haberle sonreído en este caso la suerte. En su tratadito *Sobre los asalariados* profiere muy amargas lamentaciones contra los romanos, unos ignorantes que, en vez de ciencia, quieren sólo alquilar la barba y el manto del filósofo para darse aire de Mecenas, y que piensan en su prepotente orgullo que los griegos están dispuestos a soportar cualquier humillación (§ 40), ya que están a sueldo y son los únicos que desentonan por su vestidura y por su horrible acento entre la concurrencia romana

²⁴ El mismo consejo en *Lexiph.* 23.

(§§ 24-25)²⁵. Parece que estas quejas le salen a Luciano del alma, que describe las amargas experiencias vividas por él mismo en Roma y no las desventuras del Tesmopólido de turno (§ 33 ss.). En contraposición a este oriental, que no llega a dominar nunca perfectamente el latín, el exuberante, versátil y fascinador Apuleyo maneja con soltura sin igual ambas lenguas y sabe tocar a la perfección la fibra sensible de los latinos, por más que no lograra saborear nunca los laureles de un triunfo tan completo como el que alcanzó Frontón. En suma, la trayectoria vital de uno y otro es diametralmente opuesta, lo suficiente para crear ya de entrada una fuerte antipatía mutua.

Quizá pueda llegarse un poco más lejos. La obra cumbre de Apuleyo, *Las Metamorfosis*, está escrita, como de todos es sabido, a imitación de un modelo griego, que algunos atribuyen a la pluma de Luciano²⁶; en definitiva, entre los escritos de Luciano se encuentra hoy una redacción epitomada de ese original griego que aún alcanzó a leer íntegro Focio. Si esa hipótesis es verdadera, no se necesita mucha imaginación para explicar el curso de los acontecimientos. Sucede, en efecto, que Apuleyo vierte al latín una obra de Luciano; y en esta traducción intenta dejar tamañito al modelo, añadiendo una serie de episodios de su cosecha y alterando el final, que introduce una veta misteriosa ajena por completo al espíritu de Luciano. Y resulta que esta novela corregida y aumentada logra en seguida enorme popularidad, una popularidad que no iba a tener nunca el *Asno* original. Esto era más de lo que podía soportar el soberbio sirio, cuya memoria recuerda que su rival se había visto implicado en un oscuro proceso por magia del que había salido bastante malparado. Y así llega el terrible varapalo, en el que, como es lógico, Luciano exagera los puntos de la acusación que se le formula a Apuleyo, pero sin desvirtuarla en lo esencial. Todo ello, sin embargo, entra ya en el terreno de las hipótesis indemostrables, a no ser que por un azar insospechado las arenas de Egipto nos devuelvan alguna vez el *Asno* original, permitiéndonos de esta suerte zanjar la cuestión.

²⁵ Para el extranjero denunciado por su porte cf. *Anach.* 16. De ahí el elogio a Atenas en *Nigrin.* 12 ss.

²⁶ Es la tesis de Perry, como todos saben (en contra, sin argumentos decisivos, H. van Thiel, *Der Eselsroman. I. Untersuchungen*, München, 1971, p. 37-38).

No sería ésta la única vez en que el juicio de Luciano discrepa de la opinión de sus contemporáneos. Para Aulo Gelio (*N. A.* XII 11) Peregrino Proteo era un verdadero filósofo, un *uir grauis et constans* del que fue asiduo oyente en Atenas; según Filóstrato (*V. S.* I 563) se encontraba entre los que se dedicaban con ardor a la filosofía. Luciano, sin embargo, condena sin paliativos la figura del que considera un bellaco insensato. Creo que ninguno de ellos llegó a calar en los entresijos del alma de ese personaje extraño y quizá contradictorio, que era un iluminado mesiánico; pero el palmetazo de Luciano se nos antoja cuando menos excesivo. Ahora bien, esta diferencia de criterio nos es muy útil para comprender las diversas luces y sombras que se proyectan sobre Apuleyo de ser cierta la tesis aquí mantenida. El tajante anatema de Luciano ha de ser limado también en este caso y, a su vez, la *Apología* de Apuleyo debe ser tomada como lo que verdaderamente es, como un discurso forense que omite hechos esenciales y disimula la verdad cuando le conviene.

II. PHILOPATRIS

Es cosa averiguada que *El Patriota* ni procede de la pluma de Luciano ni es siquiera producto de la segunda sofística, sino que hubo de ser compuesto en tiempo muy posterior. Precisamente aquí comienza la discusión y se rompe el consenso: hay quien lo fecha en el s. VII, en época de Heraclio²⁷; otros, los más, lo datan en el reinado de Nicéforo Focas²⁸; no falta, por fin, quien propugne que el escrito se compuso contra el patriarca Basilio en época de Miguel Tzimiskés hacia 974²⁹ o bien contra Miguel Cerulario en tiempo de Isaac Comneno³⁰.

²⁷ Así A. v. Gutschmid, *Kleine Schriften*, V, p. 434; R. Crampe, *Philopatris. Ein heidnische Konventikel des siebenten Jahrhunderts zu Constantinopel*, Halle, 1894, libro que conozco por la recensión de C. Neumann, en *BZ*, V (1896) 165 ss. y por la defensa que hace de sus argumentos el propio Crampe, en *BZ*, VI (1897) 144 ss. Siento que tampoco me haya sido accesible el artículo de R. Garnett en *Cornhill's Magazine* 1901, 616-26, que data el *Filópatris* en la época que yo propongo; según S. Reinach se trata de un resumen del libro de Crampe.

²⁸ Así, después de Hase y Niebuhr, sobre todo E. Rohde (*BZ*, V (1896) 1 ss.; VI (1897) 475 ss.). El artículo de S. Reinach (*Rev. arch.*, XL (1902) 79 ss.) es un resumen ampliado de las teorías de Rohde y Neumann. Esta es la tesis que ha prevalecido (cf. p. e. R. Helm, *RE*, XIII 2, c. 1755, 28; W. Schmid-O. Stählin, *Geschichte der griech. Literatur*, II 2, p. 738; M. D. McLeod en la colección Loeb, VIII, 413).

²⁹ J. Aninger, *Hist. Jahr.*, XII (1891), 463 ss. y 703 ss.

³⁰ R. Anastasi, *Sic. Gym.*, XVII (1964), 127 ss.

El *Filópatris* se reduce a una conversación que mantienen Cricias y Triefonte. Cricias viene medio muerto y espantado de las conversaciones subversivas que ha escuchado contra el Imperio y el emperador. Triefonte entre bromas y veras lo hace volver en sí y le anima a relatarle las incidencias que tan de piedra lo han dejado. En este momento se inserta un largo *excursus*: así como en los concilios es preceptivo que antes de entrar en materia se promulgue un símbolo de fe, también aquí se hace profesión de catolicismo después de que Triefonte ha hecho ver a Cricias que es vano jurar por los dioses paganos. Una vez dejada constancia de fe, Cricias prosigue el hilo de su narración: hay hombres que viven en las nubes que sólo presagian males y calamidades para el Imperio. Tan incivil actitud provoca la indignación del propio Triefonte, que está a punto de estallar de ira cuando entra en escena Cleolao anunciando las grandes victorias del emperador.

En principio, pues, sólo hay un hecho inconcuso: el *Filópatris* sale en defensa de un emperador guerrero, que acaba de obtener muy brillantes triunfos y del que se esperan aún mayores laureles. Los partidarios de la datación en tiempo de Nicéforo Focas aducen como prueba definitiva de su tesis un pasaje del diálogo, en el que Triefonte, mostrando que no vale la pena jurar por Atenea y burlándose de la Górgona, añade jocosamente:

Cortar la cabeza a una virgen ¿es acaso un espantajo para la mayoría de los hombres? Sé que se han despedazado innumerables doncellas 'en la isla cercada por el mar, a la que llaman Creta'. Amigo Cricias, ¡cuántas Górgonas no te hubiese traído de Creta! Te hubiese hecho un general invencible, y los poetas y los rétores me hubiesen estimado mucho más que a Perseo por haber descubierto muchas más Górgonas. Pero también recuerdo lo de los cretenses, que me han enseñado la tumba de tu Zeus y los matorrales que criaron a su madre, pues aquellos matorrales permanecen siempre verdes.

Hase puso en relación esta degollina de doncellas con los horrores que sufrió la isla de Creta en 961, cuando fue reconquistada por Nicéforo Focas, que era todavía *δομέστικος τῶν σχολῶν*. Demasiado énfasis se ha puesto en este pasaje, según creo³¹: el escritor

31 Gutschmid supone que la matanza acaeció en 623 d. C., trayendo a colación una

bizantino era un hombre demasiado cultivado para caer en una broma de tan macabro y pésimo gusto. Hay que tener en cuenta que nos movemos en un momento satírico del diálogo, el que precede al símbolo de fe: ¿cómo se puede adorar a dioses como Zeus, un adúltero empedernido, como Apolo, un falso profeta, como Posidón, un corruptor de muchachitas, y así sucesivamente? Cuando le llega el turno a Atenea, la virgen, la única diosa que puede hacer competencia a la Theotokos, el diálogo se explaya para mostrar que su única arma es la cabeza de la Górgona. Ahora bien, «si la cabeza de una doncella degollada inspira terror a los enemigos, muchas te hubiera podido traer de Creta», comenta con ironía Triefonte sin salirse del plano mitológico: en efecto, en Creta se inmolaban anualmente siete doncellas al Minotauro³², con lo que de hecho la isla podría haberse convertido en una gran exportadora de Górgonas. Para que no quepa duda de que la alusión se queda en la zona de lo imaginario, como ocurre en las demás refutaciones de los dioses paganos, concluye Triefonte con otra gracia mitológica: por desgracia, los cretenses son unos mentirosos, que incluso enseñan al visitante la tumba de Zeus. Por tanto, ¿quién les va a dar crédito en el asunto del Minotauro ni en nada? «Cretenses siempre embusteros, malas bestias, vientres perezosos», los había llamado Epiménides (1 Diels; cf. Call. *Hymn.* I 8), como recordaba S. Pablo (*ad Tit.* 1, 12).

Nos encontramos, pues, con que el principal argumento de Hase y sus seguidores se ha desvanecido. Como único asidero para fechar el diálogo nos queda entonces el parte de victoria de Cleolao y la entusiástica exclamación de Triefonte que remata el diálogo. Son dos textos semejantes que conviene someter a careo:

noticia de Tomás el presbítero (Land, *Anecdota Syriaca*, I, p. 103 ss.), según la cual los eslavos saquearon Creta y las demás islas en el año 934 de los griegos. Pero entonces, como observan Rohde (1895, p. 1 ss.; 1896, p. 476), Neumann (p. 1616) y Reinach (p. 86 ss.) las vírgenes degolladas habrían sido cristianas y la broma —y aun la ocurrencia— hubiera sido impensable. Es preciso observar de paso que la palabra στρατηγέτην, en la que tanto hincapié hacen Aninger (p. 467-68) y Reinach (p. 92) considerándola propia del s. IX d. C., aparece ya en una inscripción del s. II a. C.: ¡para que nos fiemos de los argumentos léxicos! Por otra parte, Reinach (p. 85 ss.) llega a pensar que Triefonte estuvo personalmente en Creta, donde tuvo ocasión de ver la sepultura de Zeus (!).

³² Cf. *RE* XV 2, c. 1914, 30 ss. Obsérvese que la expresión usada está tomada de *Od.* IX 291 (precisamente el episodio del Ciclope).

A (§ 28)

Se ha derrumbado el ceño tan renombrado antaño de los Persas y Susa, ciudad ilustre. Y aún caerá toda la tierra de Arabia a manos del que gobierna con poder invencible.

B (§ 29)

Dejo a mis hijos que vean a Babilonia destruida, a Egipto esclavizada, a los hijos de los Persas sufriendo el yugo de la esclavitud, a las incursiones de los escitas detenidas y ojalá que aniquiladas.

Los partidarios de la datación en el s. x han de torcer la interpretación del primer texto, entendiendo que «persas» no es más que un nombre huero que designa en realidad a los musulmanes³³. No puede haber solución más fácil ni más desesperada, ya que entonces se nos dice dos veces la misma cosa y, por si ello fuera poco, en presente y en pasado: en tan estúpido contrasentido no caía ni el más ignorante y charlatán de los oráculos antiguos. Persia y Arabia son, pues, pueblos diferentes en § 28. Los persas vuelven a aparecer en § 29 y, así como antes se había hablado de Susa, ahora se menciona a Babilonia; además, se incluye una alusión a Egipto y sobre todo se hace referencia a las incursiones de los escitas. Con ello llegamos al punto fundamental, porque en efecto los enemigos de Bizancio fueron siempre dos: los bárbaros (germanos, hunos, eslavos) que amenazan por el Norte, y los persas (después los musulmanes) que presionan por Asia Menor. Si, como he advertido antes, persas y árabes no se identifican en § 28, Persia, mencionada otra vez en § 29, no puede ser el Islam, sino que ha de referirse por fuerza al imperio sasánida. Con ello, como es lógico, queda excluida en § 28 toda posible mención de Arabia y parece haberse llegado a un punto muerto; ahora bien, una sencillísima conjetura nos saca del atolladero: en vez de Ἀραβίας hay que corregir Ἀβαρίας. Como los ávares dejaron de ser muy pronto un peligro, era inevitable que un copista posterior trocara sin querer el nombre de un pueblo ya desconocido por el del más enconado enemigo de Bizancio. De esta suerte, las victorias que se prometen o se han cumplido ya son las siguientes:

³³ Rohde, 1895, p. 4-5 (y nota 4; 1896, p. 478; Reinach, p. 87, etc. Es de justicia anotar que en § 28 los mss. presentan un πέρση poco claro (cf. R. Anastasi, *Sic. Gym.*, XVII [1964], 291; XX [1967], 115), que los editores por lo general corrigen en πέρσι (así McLeod). Rohde, 1895, p. 3 (nota) propuso κλεινὸν ἄστυ Περσίδος πεσεῖται, ἐτι τε κτλ. Pese a todo, el sentido general no varía.

A (§ 28)

persas (Susa)
ávares

B (§ 29)

persas (Babilonia)
escitas
egipcios

Sólo un único momento de la historia de Bizancio cumple con estos requisitos: los meses que transcurren desde abril del 628 hasta julio del 629. En efecto, en el 626 se ha repelido el ataque de los ávares contra Constantinopla; en el 628 Heraclio ha conseguido la victoria completa sobre Cosroes II, pero todavía Egipto continúa en poder de los persas, hasta el tratado con Sarbaraz en el 629. Y hay que observar que Heraclio, si no conquistó Susa, destruida por Sapur II, se apoderó del palacio real de Rusa. Pero la fantasía popular debió de asimilar muy pronto esa Rusa con la antigua y rimbombante ciudad persa; de hecho, en las crónicas mozárabes³⁴, que conservan algo del espíritu de aquella época, se lee que Heraclio tomó Susa, por lo que es vano tratar de corregir Rusa con C. E. Dubler.

Ahora bien, ¿cómo cabe en cabeza cristiana que se pueda decir que Heraclio va a domeñar a Egipto? Más bien se esperaría —observa Rohde³⁵— que se hablara de su liberación y no de su esclavitud. Las cosas no son tan simples como parecen. Egipto estaba poblado por nestorianos y monofisitas, que, perseguidos y esquilados por la administración imperial, debieron de coadyuvar a la conquista persa. Muy duro fue el comportamiento hacia ellos del patriarca Ciro después de la reconquista, y muy activa fue también la colaboración que, en justa correspondencia, prestaron monofisitas y nestorianos al Islam. El *Filópatris* nos permite ver, en consecuencia, cómo pensaban los ortodoxos respecto a los egipcios antes incluso de recuperar la provincia: con los herejes no cabe diálogo, sino mano dura.

Resulta muy notable advertir cómo en 628/29, en plena racha de triunfos inauditos, conventículos secretos y no tan secretos se reunían en Constantinopla para augurar calamidades nunca vistas

³⁴ *Crón. bizantino-arábiga*, 11 (p. 8, Gil), *Crónica mozárabe*, 4 (p. 17, Gil). La conjetura de Dubler quedó expuesta en *Al-Andalus*, XI (1946), 301.

³⁵ 1895, p. 2; 1896, p. 477 ss.; cf. Reinach, p. 88. Ahora bien, señala bien Crampe (1897, p. 149) que a oídos bizantinos Babilonia y Egipto tenían cierto eco apocalíptico como enemigos de la Iglesia de Cristo (cf. *Ap.*, 11, 8; 14, 8; 18, 2).

al Imperio. Bizancio «está en un mal parto» (§ 24), se proclama que «va a haber una revolución, que desórdenes y disturbios se apoderarán de la ciudad, que los ejércitos serán vencidos por los enemigos» (§ 25). Es que en Constantinopla se podía atizar muy fácilmente la rebeldía. Heraclio había suprimido en 618 la distribución gratuita de pan³⁶, y antes de partir en campaña contra Persia había tomado en préstamo —es de suponer que forzoso— los bienes de los principales, y había fundido los candelabros y demás preseas eclesiásticas³⁷. Para fomentar el descontento no faltaba más que prometer, como de hecho se hacía, que el futuro emperador devolvería las deudas con dinero del fisco y pagaría también los alquileres de las viviendas, impuestos y exacciones³⁸ (§ 20); e incluso había quien pronosticaba que ese siglo de oro acaecería en el próximo mes de Mesorí = Agosto (§ 22)³⁹.

¿Quiénes son esos pájaros de mal agüero? El anónimo autor del panfleto, lector apasionado de Aristófanes, los compara a los discípulos del «pensadero» socrático: como Sócrates, «andan por los aires» (§ 24), semejan hombres «etéreos» (§ 26); como Querefonte, andan «cabizbajos y pálidos» (§ 23). Son capaces de pasarse diez días en ayunas y de hacer vela toda la noche cantando salmodias (§ 26), ya que están «tonsurados de sentido e intelecto» (§ 26; en § 21 uno de los agoreros tiene tonsurada la cabeza). Parece claro, como ya se ha señalado alguna vez⁴⁰, que se está atacando a los monjes. De hecho, el matrimonio de Heraclio con su sobrina Martina fue considerado por la Iglesia como sacrílego, y algunos monjes exaltados debieron de vaticinar entonces males incontables para el futuro. Y eso no era todo: la toma de Jerusalén en el 619

36 *Chron. Pasch.*, en *PG*, 92, c. 997.

37 *Theoph. Chron.* I, p. 302-03 de Boor.

38 En § 20 está corrompido και τὰ χρέα τοῖς δανεισταῖς ἀποδώσει και τὰ τε ἐνοίκια πάντα και τὰ δημόσια και τὰς εἰραμίγγας δέξεται μὴ ἐξετάζων ἢς τέχνης. Rohde piensa que εἰραμίγγας es una palabra persa que designaría la moneda de oro devaluada por Nicéforo Focas. Creo más bien que se trata de un impuesto (no hay que suponer una laguna, pues, después de δημόσια [*<αφήσει>* Rohde]); sin mucha convicción propondría leer ἀγγαρείας. Aprovecho la ocasión para corregir en § 28 τοῦτο ἀρκεῖ τοῖς παισίν, αἱ εὐήμεραι (ἡμέραι *codd.*) τοῦ βασιλέως.

39 Este es el argumento más sugestivo de Anastasi (p. 136): Miguel Pselo consuela a Isaac Comneno de que se haya profetizado la muerte del emperador en el mes de agosto.

40 Ello dio pie a Gesner a considerar que el *Filópatris* era una sátira pagana del cristianismo. Para Crampe, como es lógico, esos hombres etéreos eran los paganos que suspiraban por la victoria de Persia. Es curiosa la vacilación de Rohde (1895, p. 9-10), que inmediatamente repercute en Reinach (p. 95).

De ser verdadera la tesis aquí mantenida, se obtienen conclusiones interesantes para la transmisión textual no tanto de Aristófanes como de Luciano, del que existiría un imitador en el s. VII, un eslabón, por ende, entre el s. IV y el IX-X (Focio, Aretas).

había anonadado a los cristianos. Ni siquiera la victoriosa reacción de Heraclio logró devolverles la confianza: en el 632 Máximo el Confesor pronosticaba el fin del mundo. *El Patriota* es un testimonio inapreciable para tomar el pulso a la época: mientras los poetas cortesanos como Jorge de Pisidia trenzan coronas poéticas en honor de Heraclio, los monjes se muestran mucho más reservados, cuando no abiertamente hostiles. No hay que olvidar que por entonces Heraclio había entrado ya en tratos con Atanasio, el obispo monofisita de Antioquía, y que la doctrina del monoenergismo empezaba a configurarse como la solución más viable para salvar el cisma de la Iglesia, solución a la que habían dado su aprobación los más altos dignatarios eclesiásticos, incluido con el tiempo el propio papa Honorio. Quedan irreductibles los monjes, encabezados por Sofronio, esos monjes que debían de tildar de paganos a todos los que escribieran versos, a cuantos leyeran los autores antiguos para deleite e instrucción. Por eso el *Filópatris* comienza con una afirmación de paganismo por parte de Cricias, afirmación que hemos de considerar como una de tantas ironías del diálogo: Cricias, el patriota, sólo es pagano en realidad a los ojos de los monjes; la escena de la conversión está introducida adrede para salir al paso de todo reproche de paganismo y de paso para demostrar cómo se pueden armonizar algunos pasajes del amado Aristófanes con la propia narración del Génesis: una ironía y una pedantería más.